

Ficha para Noé León

Escribe: MARIO RIVERO

Todo transcurre exactamente como si nada pudiera suceder: Noé León, anónimo, desconocido trabajador de colores y de líneas, trabaja a gusto. Pinta cuadros “bonitos”: el Barranquilla de los turistas, el paisaje, el cielo azul-bandera y las nubes de algodón y de pasta dentífrica. El no sabe si están bien o mal, pero los cuadros dan para comer. Los vende él mismo en la calle, en las terrazas de los cafés bajo un sol de cal viva. Hasta que una tarde como por azar, se ve ante José Gómez Sicre, en “La Cueva”, lugar de reunión de intelectuales y de artistas, muy formalmente sentado, sorbiendo despacito las últimas copas, hablando de muchas cosas y con su infaltable montón de cuadros sobre las rodillas.

Aparte de comprarle sus cuadros, José Gómez Sicre, gran amante del arte y director del departamento de artes visuales de la Unión Panamericana, lo presentó al mundo. Le dio un escenario que raras veces está al alcance de un pintor: ¡Alemania! ¡Raro? ¡estrambótico? Rotundamente no. Lo que sucedió después de la exposición fue casi tan fabuloso como las mismas cosas que Noé pinta: comenzaron a llegar noticias. Sus maravillosos cuadros bien empaquetados pasaron al museo de Frankfurt, luego al de Hannover, volaron después a Washington... Y los críticos dijeron de una obra hecha con escrupulosidad y hablaron del más puro representante de la pintura *Naif*.

Los cuadros estaban hechos de oropeles y fruslerías; relacionados con Barranquilla, ciudad en la que vive desde los veinte años y a la que pinta como un pueblón grande, como una aldea, y cuyas casas, paisajes y ambiente, son el trasfondo intraducible de muchas de sus imágenes. Esto sucedía en 1963. Noé

León, de 54 años, lento, moreno, camisa de sport y pantalón de dril, pasa a ser del dominio público. Noé León se ha hecho respectable, es decir que puede ser interpretado en términos críticos: es el niño reverso del hombre-policía, del hombre que lleva pegado todavía el polvo proletario; y ha pasado a un contexto estético, a un contexto de museo y de libro, de catálogo con láminas y palabras difíciles de pronunciar, en las que se le empana la lectura y desde donde brinca de pronto, lo suyo, todo lo suyo: las campanas, los pájaros, el aire lleno de polvo: “¡miren! aquí está mi nombre y aquí dice: ¡Barranquilla!” y su rostro de pescador viejo, se conmueve en una gran efusión sentimental. Y hay manos que lo acosan; abrazos en el traspatio de una casa de vecindad, entre comadres que se tragan las eses; chiquillos panza-al-aire y gatos exaltados, surreales.

Cuando Noé vendía un cuadro por 130 pesos, pintaba en un garaje dividido por un tabique que hacía las veces de vivienda y de taller. Hoy día lo vende por tres o cuatro mil pesos y sigue ocurriendo lo mismo, porque Noé es tradicionalista “como buen conservador”; se aferra empecinado a una época, a un lugar, a ciertas imágenes. Su obstinación nace de la nostalgia como en el caso de los buques de río. Haría cualquier cosa para revivirlos, porque le alumbran el camino de vuelta a un mundo que no volveremos a ver, definitivamente perdido.

Todo lo que pinta son cosas que conoce, gente que ha visto. No analiza nada. No hay un pensamiento como andamiaje. Pinta “a ojo” en forma genuina, intuitiva y vivencial, logrando obras de una superficie tan unificada y límpida y de un tono tan directo, que la obra se hace intraducible, escapa al análisis y no puede llegar a ser nada distinto de lo que simplemente es. Puesto que evadirse de la interpretación parece ser un rasgo definidor de la pintura primitiva. Lo importante aquí es la inmediatez pura y esa inocencia anterior a toda teoría.

La pintura primitiva es el intento de no tener ningún contenido, de hacer algo únicamente “decorativo”. Dicho de otro modo: este propósito consiste en crear belleza con mano insegura pero donde reverbera un poder de adivinación, de intuición casi genial para el huido esplendor de la forma. El pintor primitivo es, pues, el pariente pobre de aquel que pudo aprender en las academias europeas. Hecha mano de lo anónimo, de lo artísticamente insignificante y prosaico. No lo disimula. No lo niega. Lo pinta tal como lo ve, dentro de una forma esquemática

y dentro de una estructura amarrada a medias. A Noé León le basta una casita hilando un penacho de lana, gallinas, y matas con flores, para que sea ya cosa de invento, para desembocar en un clima de irrealidad y sugestión que nos fascina. Su pintura es una anécdota, una “visión”. Sus figuras parecen de palo, casi abstractas, estáticas, y el color es rico y variado: crepuscular y pomposo como de felpa, o deslumbrante y hasta un poquito falso, color de mosaico o de cerámica.

Está pintando desde pequeño. Casi que nació con los pinceles en la mano. Después del cuarto año de primaria se le volvió chino eso de los números y las ortografías y se le fue soltando en cambio la vocación del color. Al principio pintaba como quien está resolviendo un rompecabezas: teniendo en frente el modelo: santos, paisajes, escenas románticas de postales y revistas. Hasta que llegó a pintar del natural. En su memoria quedaban las formas ya armadas bajo especie soñadora, extraña y desconocida. Inventadas en lo feliz. Alguna vez observando sus influencias, sus posibles “malicias” plásticas, alguien le preguntaba por el Aduanero, el famoso primitivo, el primero en manejar la pintura con una simplicidad fascinante, y “a quien usted sin duda debe conocer” y Noé contestó, tragando saliva y en este orden, con una voz en la que se percibía el espíritu vivaz de los aguardientes: “¿pintores? solamente conozco tres: Obregón, don Picasso y yo”.

Sea como fuere, Noé parece haber impuesto su fórmula. Y digo fórmula porque su arcaísmo está tratado últimamente como recurso de encantamiento, dentro de una comercialización y una condescendencia que lo identifica con los falsos primitivos y lo distancia de su primer lenguaje de bus, de taberna y de fonda caminera. Sin embargo, y por una razón que está en su origen, en su naturaleza, sigue siendo el pintor más popular, el más natural y el más próximo, con una obra que se centra en lo colombiano y que carece de traducción. Porque sería imposible desintegrar ese instinto —que tan cerca está de la magia— y porque una descripción más exacta o más completa de sus formas, las silenciaría.